

para honrarle, y habiendo oído hablar de la obra que hacía en el monasterio, interrogó al Bienaventurado acerca de las existencias anteriores del monje enfermo. Y el Buddha dijo:

4. «Hubo una vez un rey malísimo que tenía la costumbre de violentar cuanto podía á sus súbditos; un día mandó á uno de sus oficiales que azotase á un hombre de rango elevado. Poco cuidado de la pena que afligía al otro, el oficial obedeció; pero como la víctima de la cólera real pidiese gracia, sintió compasión y pegó muy débilmente. Luego el rey renació en la persona de Devadata, que fué abandonado por sus adictos porque no querían soportar su severidad, y murió miserable y lleno de remordimientos. El oficial es el bhikshú enfermo, que habiendo frecuentemente ofendido á sus hermanos en el monasterio, fué abandonado sin asistencia en su desgracia. El hombre de alto rango que pidió gracia era el Bodhisatva, renacido en la persona del Tathagata. Y ahora á mi vez me toca asistir á estedesgraciado, puesto que tuvo piedad de mí.»

5. Y entonces el que el mundo adora pronunció estas gathas: «El que hace mal al débil ó acusa falsamente al inocente, será castigado con diez grandes calamidades. Pero el que ha aprendido á sufrir con paciencia, será purificado y será el instrumento escogido para el alivio del dolor.»

6. Y el bhikshú enfermo, al oír esas palabras, se volvió hacia el Buddha, confesó el mal natural de su carácter, se arrepintió, y con el corazón purificado de pecado, rindió homenaje al Señor.

LOS ÚLTIMOS DÍAS

LXXXVII. — LAS CONDICIONES DE PROSPERIDAD (1)

1. En el tiempo en que el Bienaventurado residía cerca de Rajagriha, sobre la montaña llamada el Pico de Buitre, Ajatasatra, que había sucedido á Bimbisara como rey de Magadha, meditaba un ataque contra los vrijis, y dijo á Varchakara, su primer ministro: «¡Quiero exterminar los vrijis y aniquilarlos por completo! Vamos, ahora ve hacia el Bienaventurado é infórmate en mi nombre de su santidad y dile mi designio. Acuérdate bien de lo que el Bendito te diga, á fin de repetírmelo, porque los Buddhas no dicen nada que no sea verdad.»

2. Cuando Varchakara, el primer ministro, hubo saludado al Bienaventurado y cumplido su mensaje, el venerable Ananda se puso detrás del Bienaventurado y le abanicó, y el Señor le dijo: «¿Has oído decir, Ananda, que los vrijis celebran reuniones públicas y frecuentes?»

3. «Señor, lo he oído decir», respondió Ananda.

4. «Haciendo tanto tiempo, Ananda, que los vrijis tienen esas asambleas públicas, completas y

(1) Fuente: *Maha-parinibhana Suttanta*, I.

frecuentes, se puede deducir que no declinarán, sino que prosperarán. Y tantísimo tiempo como se han entendido, tantísimo tiempo como honraron á sus ancianos, tantísimo tiempo como respetaron á sus mujeres, habiendo sido tan religiosos y observantes de los ritos convenientes; habiendo extendido tanto sobre los hombres santos una protección justa, defendiendo y proveyendo sus necesidades, se puede colegir que los vrijs no declinarán; sino que prosperarán.»

5. Y entonces el Bienaventurado, dirigiéndose á Varchakaar, le dijo: «¡Oh, brahman!, la época que estuve en Vaisali enseñé á los vrijs esas condiciones de prosperidad, que cuanto más aprendieran y siguieran el camino recto, más se conformarían á los preceptos de la justicia, pudiéndose colegir que no declinarían nunca; sino que prosperarían.

6. Y tan pronto como partió el mensajero del rey, el Bienaventurado convocó en la sala de la oración á los hermanos que residían en los alrededores de Rajagriha, y les habló así:

7. «Quiero enseñaros, ¡oh bhikshús!, las condiciones de prosperidad de una comunidad. Escuchadme atentamente.

8. En todo tiempo, ¡oh bhikshús!, que los hermanos se reúnan en asambleas completas y frecuentes; se reunirán de acuerdo, se levantarán de acuerdo y se ocuparán de acuerdo de los asuntos del Sangha; en todo tiempo, ¡oh hermanos!, no economizarán lo que la experiencia ha probado ser bueno; no introducirán reformas sin examinarlas cuidadosamente; en todo tiempo que sus an-

cianos practicaran la justicia; en todo tiempo que los hermanos estimaran, veneraran y sostuvieran á los ancianos, y escucharan su voz; en todo tiempo que no estuvieran bajo la influencia del apego al mundo, sino que se deleitaran en las bendiciones de la religión, de suerte que los buenos y los santos vinieran á ellos y con ellos moraran en paz; en todo tiempo que no se entregaran á la indolencia y á la pereza; en todo tiempo que se ejercieran en la séptuple sabiduría suprema de la actividad mental, buscando la verdad con energía, satisfacción, modestia, dominio de sí mismos, contemplación profunda é igualdad de espíritu, en todo ese tiempo se podrá colegir que el Sangha no declinará jamás, sino que prosperará.

9. Es por esto, ¡oh bhikshús!, por lo que debéis llenaros de fe, ser modestos de corazón, estar lejos del pecado, ser ávidos de saber, fuertes de energía, activos de espíritu y llenos de prudencia.»

LXXXVIII.—LA CONDUCTA RECTA (1)

1. En la época que el Bienaventurado estuvo en el Pico del Buitre tuvo una gran plática religiosa con los hermanos acerca de la conducta recta, y pronunció el mismo sermón en un gran número de sitios de toda la comarca.

2. El Bienaventurado dijo:

3. «Grande es el fruto, grande es la ventaja de una contemplación ardiente cuando se completa con una conducta recta.

4. Grande es el fruto, grande es la ventaja de

(1) Fuente: *Maha-parinibhana Suttanta* II, 4.

la inteligencia cuando se completa con una ardiente contemplación.

5. El espíritu completado por la inteligencia se emancipa de los grandes males de la sensualidad, del egoísmo, del error y de la ignorancia.

LXXXIX.—LA FE DE SARIPUTRA (1).

1. El Bienaventurado regresó con una multitud de discípulos á Nalanda, y allí se detuvo en un bosque de mangos.

2. En seguida, el venerable Sariputra acudió al lugar donde estaba el Bienaventurado, y después de saludarle respetuosamente, poniéndose á su lado le dijo: «¡Señor!, es tan grande la fe que tengo en el Bienaventurado que, á mi entender, no ha habido, no hay, ni habrá nadie más grande ó más sabio que el Bienaventurado, en lo que concierne á la sabiduría suprema.»

3. Y el Bienaventurado respondió: «Grandes y audaces son las palabras de tu boca ¡oh Sariputra! ¡En verdad has estallado en un canto de éxtasis! ¿Has conocido, por ventura, á todos los Bienaventurados que en las pasadas edades han sido santos Buddhas?»

4. «No, Señor», respondió Sariputra.

5. Y el Señor prosiguió: «¿Has adivinado acaso á todos los Bienaventurados que en el más remoto porvenir han de ser santos Buddhas?»

6. «No, Señor».

7. «Entonces, ¡oh Sariputra!, conocerás, al menos, á mí como siendo el santo Buddha actualmente vivo, y habrás penetrado en mi espíritu.»

(1) Fuente: *Maha-parinibhana Suttanta*, I, 16.

8. «Tampoco, Señor.»

9. Tú ves, pues, Sariputra, que no conoces los corazones, ni los santos Buddhas del pasado ni de lo porvenir. ¿Por qué tales palabras tan grandes y tan temerarias? ¿Por qué estallas en semejante cántico de éxtasis?»

10. «¡Oh, Señor! No conozco los corazones de los Buddhas que han sido, que serán, y el que ahora es. Conozco sólo el origen de la fe. Y así, Señor, como un rey podría poner en la frontera una ciudad sólida en sus cimientos y firme en sus murallas, y un centinela hábil, experto y sabio para detener á todos los extranjeros, y no dejar entrar sino á los amigos, se podría ver, á pesar de ello, algunas hendiduras y grietas por donde pudiera pasar una criatura pequeña, como un gato, por ejemplo. Así suele ser. Sin embargo, todos los seres de talla más elevada que entrasen ó saliesen estarían obligados á pasar por la puerta. De esta manera tan sólo, Señor, es como conozco el origen de la fe. Sé que los santos Buddhas de los tiempos pasados se despojaron de toda lujuria, de los malos sentimientos, de la pereza, el orgullo y la duda; que conocieron todas las faltas mentales que debilitan á los hombres, que ejercieron sus espíritus en los cinco géneros de actividad mental, que estuvieron pródigamente dotados de las siete formas de la sabiduría suprema, y que alcanzaron la plena satisfacción de la iluminación. Sé que los santos Buddhas de lo porvenir obrarán lo mismo, y sé también que el santo Buddha del presente obra de la misma manera.»

11. «Tu fe es grande, ¡oh Sariputra!, respondió

el Bienaventurado; pero procura que esté sólidamente fundada.»

XC.—PATALIPUTRA (1)

1. Después de haber residido el Bienaventurado el tiempo que juzgó oportuno en Nalanda, fué á Pataliputra, ciudad frontera de Magadha, y cuando los discípulos de Pataliputra supieron su llegada, le invitaron á ir á su casa de reposo, situada en una aldea. Entonces, el bendito se vistió, tomó su cuenco y fué con los hermanos á la casa de descanso. Al llegar allí se lavó los pies, entró en la sala y se sentó en el pilar central con la faz vuelta hacia oriente. Los hermanos también, después de lavarse los pies, entraron en la sala y se sentaron alrededor suyo contra el muro occidental mirando hacia oriente. Luego los devotos laicos de Pataliputra, lavándose también los pies, entraron en la sala, se sentaron frente al Bendito, á lo largo del muro oriental, dando la cara á occidente.

2. Y entonces el Bienaventurado, dirigiéndose á los discípulos laicos de Pataliputra, les dijo:

3. «Es quintuple, ¡oh jefes de casa!, la pérdida que sufre el incrédulo por su falta de rectitud. En primer lugar, el incrédulo, desprovisto de rectitud, cae por pereza en una gran pobreza; en segundo lugar, su mala reputación se propala en su alrededor; en tercer lugar, en cualquier sociedad que se presente de brahmanes, nobles, propietarios ó sramanas, entra tímidamente y con confusión; en cuarto lugar, se llena de angustia cuando

(1) Fuente: *Maha-parinibhana*, I. 19, 22; *Mahavagga*, VI, 28.

muere; y, en fin, en quinto término, cuando su cuerpo se disuelve después de la muerte, su espíritu queda en una desdichada condición. En cualquier sitio donde su karma continúe, encontrará sufrimiento y desgracia. Tal es, ¡oh jefes de casa!, la quintuple pérdida de aquel que hace mal.

4. Y es quintuple también, ¡oh jefes de casa!, la ganancia que obtiene el hombre que hace bien y observa la rectitud. Primeramente, el hombre de bien, firme en su rectitud, adquiere la riqueza por su industria; en segundo lugar, se esparcen á su alrededor los mejores informes; en tercero, cuando se presentan en una sociedad de brahmanes, de nobles, de patronos ó de miembros de la orden, entra con confianza y seguro de sí mismo; en cuarto lugar, muere sin inquietudes; y, finalmente, cuando se disuelve su cuerpo tras de la muerte, su espíritu permanece en un felicísimo estado. En cualquier sitio que continúe su karma encontrará una felicidad celeste y la paz. Tal es, ¡oh jefes de casa!, la quintuple ganancia del hombre de bien.»

5. Y cuando el Bienaventurado hubo instruído, excitado, exaltado y regocijado á sus discípulos hasta muy avanzada la noche por la edificación religiosa, se despidió diciendo: «Ha terminado casi la noche, ¡oh jefes de casa!, ya es hora de que hagáis lo que estiméis más conveniente.»

6. «Así sea, Señor», respondieron los discípulos de Pataliputra; y levantándose, se inclinaron ante el Bendito, y luego, teniéndolo á su diestra, desfilaron ante él y se marcharon.

7. Y en los días que el Bienaventurado perma-

nació en Pataliputra, el rey de Magadha envió un mensajero al gobernador de esta ciudad, ordenándole que levantara fortificaciones para la seguridad de la plaza.

8. Y el Bienaventurado, viendo á los trabajadores en su faena, predijo la grandeza futura de la ciudad, diciendo. «Los hombres que construyen la fortaleza obran como si estuviesen aconsejados por los supremos poderes. Porque esta ciudad de Pataliputra será la residencia de hombres activos y un centro mercantil para toda clase de mercancías. Pero tres peligros la amenazan: el del incendio, el de la inundación y el de la disensión.»

9. Y cuando el gobernador oyó hablar de la profecía sobre el porvenir de Pataliputra, sintió un gran gozo, y dió el nombre de «Puerta de Gotama» á la puerta de la ciudad por la cual el Buddha pasó para ir al río Ganges.

10. Y entonces las gentes que vivían á las orillas del Ganges acudieron en masa á rendir homenaje al Señor del Mundo, y muchas de ellas le pidieron que les hiciese el honor de pasar el río sobre sus barcas. Pero el Bienaventurado, observando el número de barcas y su belleza, y no queriendo mostrar ninguna parcialidad, no aceptó ninguna invitación, y por eso atravesó el río sin barco alguno, queriendo expresar así que las almadías del ascetismo y las fastuosas góndolas de las ceremonias religiosas no son bastante sólidas para resistir las tempestades del oceano del Sam-sara, mientras que la barca de la sabiduría es el barco más seguro para alcanzar la orilla del Nirvana.

11. Y así como la puerta de la ciudad había recibido el nombre del Tathagata, así también el pueblo llamó á ese punto del río «El paso de Gotama.»

XCI.—EL ESPEJO DE LA VERDAD (1).

1. El Bienaventurado volvió á la ciudad de Nadika con una multitud de discípulos, y se detuvo en el Castillo de los Ladrillos. Entonces el venerable Ananda fué hacia el Bendito, y citándole el nombre de los hermanos y hermanas que habían muerto, le preguntó ansiosamente por su suerte, si estaban detenidos en cuerpos de animales ó en el infierno, ó como fantasmas, ó bien en qué lugar de pena.

2. Y el Bienaventurado respondió á Ananda:

3. «Aquellos que han muerto tras la completa destrucción de los tres lazos de la lujuria, de la avaricia y del egoísta apego á la existencia, no necesitan temer al estado que sigue á la muerte. No renacerán en una condición dolorosa; sus espíritus no continuarán como un Karma de malas acciones ó de pecado, sino que estarán asegurados de la salvación final.

4. Cuando mueren, nada queda de ellos sino sus buenos pensamientos, sus actos de justicia y el contentamiento que resulta de la verdad y de la justicia. Así como los ríos deben al fin acabar en el oceano, así sus espíritus renacerán en las condiciones más elevadas de existencia, y continuarán adelantando su marcha hacia el objeto final,

(1) Fuente: *Maha-paranibhana Suttanta* 1, 16.

que es el oceano de la verdad, la paz eterna del Nirvana.

5. Los hombres se preocupan de la muerte, y de su suerte tras ella; pero no hay nada extraordinario, Ananda, en que un ser humano muera. Como quiera que sea, esto es penoso para el Tathagata y lo es para tí, Ananda; y al informarte de aquellos que han oído la verdad, cuya muerte te inquieta, voy á mostrarte el Espejo de la Verdad:

6. «El infierno no existe para mí, así como el renacer en animal, en fantasma ó en cualquier otra condición desdichada. Me he transformado; ya no estoy expuesto á renacer en un estado de sufrimiento, y tengo asegurada la liberación final (1).

7. ¿Qué es esto, Ananda, sino el Espejo de la Verdad? Esta es la conciencia que tiene el discípulo elegido de ser poseído en este mundo de la fe en el Buddha, en el creyente de que el Bienaventurado es el Santo, el Iluminado, el Sabio, el Justo, el Feliz, que conoce el mundo, de que es el Supremo, el Conductor de los corazones extraviados de los hombres, el Maestro de los dioses y de los hombres, el Buddha bendito.

8. Este Espejo es también la conciencia que tiene el discípulo de ser poseído de fe en la verdad, creyendo que la verdad ha sido proclamada por el Bienaventurado para el bien del mundo; de que no pasará, que será acogida por todos, que lleva á la liberación, á la que llegarán los sabios gracias á la verdad y cada uno por sus propios esfuerzos.

(1) Compárese I AD CORINT., 15-55.

9. En fin, es la conciencia que tiene el discípulo de ser poseído de fe en la orden, creyendo en la eficacia de una unión entre esos hombres y esas mujeres que aspiran á ir por la vía excelente de los ocho caminos; creyendo que esta iglesia del Buddha y de la justicia, rectos, justos, asilo de la ley, es digna de respeto, de hospitalidad, de dones, de veneración; que es el campo supremo, sembrado de méritos para la humanidad; que posee las virtudes que estiman los dioses, virtudes enteras, intactas, sin manchas, ni reparos; virtudes que libertan á los hombres, virtudes que glorifican los sabios, que no se debilitan por los deseos del egoísmo ni ahora, ni para la vida futura, ó por la creencia en la eficacia de actos anteriores, y que conducen á alto y santo pensamiento.

10. Este es el Espejo de la Verdad, que enseña el camino más recto de la luz, que es el fin común de todas las criaturas vivas. Aquel que posee el Espejo de la verdad está libre del temor, está confortado en las tribulaciones de la existencia y su vida será una bendición para los demás seres.»

XCVII.—AMBAPALI (1)

1. Cuando el Bendito se dirigía hacia Vaisali con una multitud de discípulos, se detuvo en el bosque de la cortesana Ambapali. Y entonces dijo á la discípula: «Un hermano, ¡oh bhikshú!, debe ser diligente y atento. Un hermano cuando está en el mundo debe vencer el dolor que producen el

(1) Fuentes: *Mahaparibhava-Suttanta*, II, 12-24; *Fo-sho-hing-tsan-king*, 1749-1753, 1768-1782.

apego corporal, la lujuria de los sentidos y los errores de un falso razonamiento. En lo que quiera que hagáis, obrad siempre con completa presencia de espíritu. Sed atentos al beber, al comer, al pasear al cambio de sitio, durmiendo, despertando, hablando y hasta callando.»

2. Y cuando la cortesana Ambapali supo la llegada del Bienaventurado y que se había detenido en su bosque de mangos, fué hasta allí en carruaje cuanto pudo ir y luego á pie. Y cuando yendo á pie llegó donde estaba el Bienaventurado, se sentó respetuosamente á su lado. Y así como una mujer prudente que sale á cumplir sus deberes religiosos con un vestido sencillo, sin adorno alguno, apareció ella, y, sin embargo, estaba maravillosa.

3. Y entonces el Bienaventurado pensó: «Esta mujer remueve los círculos del mundo, es la favorita de los reyes y de los príncipes, y, sin embargo, su corazón está calmo y tranquilo. Joven, rica, rodeada de placeres, es reflexiva y firme. Eso es raro, en verdad, en el mundo. Las mujeres, en general, están poco provistas de sabiduría y están sumergidas en la vanidad; pero ella, aun viviendo en el lujo, ha adquirido la sabiduría de un maestro, encuentra placer en la piedad y es capaz de recibir la verdad en su plenitud.»

4. Y cuando ella se sentó, el Bienaventurado la instruyó, la despertó y la regocijó en sus discursos religiosos.

5. Y mientras ella escuchaba la ley, su faz irradiaba de placer. Luego se levantó y dijo al Bendito: «¿Se dignará el Bienaventurado de ha-

cerme el honor, con tus hermanos, de aceptar mañana una comida en mi casa?» Y el Bienaventurado con su silencio indicó su consentimiento.

6. Y luego los Licchavis, familia opulenta de raza real, habiendo sabido que el Bienaventurado había llegado á Vaisali y que estaba en el bosque de Ambapali, subieron en magníficos carros y se dirigieron al sitio donde estaba el Bendito. Los Licchavis fueron suntuosamente vestidos con colores, brillantes y ricamente paramentados.

7. Y Ambapali puso su carro contra los de los Licchavis, eje contra eje, rueda contra rueda y lanza contra lanza; y los Licchavis dijeron: «¿Cómo es, Ambapali, que diriges tu carro contra nosotros?»

8. «Señores, contestó ella, acabo de invitar al Bienaventurado y á sus hermanos para un comida mañana.»

9. Y los príncipes la dijeron: «¡Ambapali, cédenos esa comida por cien mil piezas de oro!»

10. «Señores, aunque me ofreciereis Vaisali entera con todo cuanto abarca, yo no cedería tan gran honor.»

11. Entonces los Licchavis continuaron su camino hacia el bosque de Ambapali.

12. Y cuando el Bienaventurado vió venir á lo lejos á los Licchavis, dirigiéndose á los hermanos dijo: «¡Oh, bhikshús!, aquellos hermanos que jamás han visto á los dioses, miren ese cortejo de los Licchavis, porque ellos vienen tan suntuosamente vestidos como los inmortales!»

13. Y los Licchavis llegaron hasta donde podían ir los carros, y descendieron y fueron á pie

hasta el lugar donde estaba el Bienaventurado, y se sentaron respetuosamente á su lado. Y cuando se hubieron sentado, el Bienaventurado les instruyó, despertó y regocijó con sus discursos religiosos.

14. Y luego hablaron al Bienaventurado y le dijeron: «¿Se dignará el Bendito de aceptar con sus hermanos una comida en nuestro palacio mañana?»

15. «¡Oh Licchavis!, dijo el Bienaventurado, yo he prometido comer mañana en casa de Ambapali, la cortesana.»

16. Los Licchavis, aprobando las palabras del Bienaventurado, se levantaron, se prosternaron ante el Bendito, y teniéndole á su diestra desfilaron; y cuando llegaron á su casa, elevando las manos al cielo, dijeron: «Una mujer mundana nos le ha arrebatado; hemos sido derrotados por una mujer frívola.»

17. Por la noche, Ambapali la cortesana, hizo preparar en su casa arroz en dulce y tortas, y envió un mensajero á decir al Bienaventurado: «Señor, ha llegado la hora y la comida está dispuesta.»

18. Y el Bienaventurado se vistió, tomó su cuenco y fué con los hermanos á casa de Ambapali, y cuando llegaron se sentaron en los sitios destinados para ellos. Luego Ambapali presentó el arroz y las tortas á los monjes, ofreciendo primero al Buddha y sirviéndolos hasta que rehusaron comer más.

19. Y cuando el Bienaventurado acabó su comida, la cortesana hizo traer un taburete peque-

ño, y sentándose á su lado, dijo al Bendito: «Señor, yo ofrezco esta casa á la orden de los bhikshús, de la que el Buddha es su jefe.» Y el Bienaventurado aceptó el dón, y después de haberla instruido, despertado y alegrado por una religiosa edificación, se levantó de su sitio y salió.

XCHII.—EL SERMÓN DE DESPEDIDA (1)

1. Después de haber permanecido cuanto quiso el Bienaventurado en el bosque de Ambapali, fué á Venuvana, cerca de Vaisali. Allí el Bienaventurado dijo á los hermanos: ¡Oh mendicantes! Escoged vuestra residencia para la estación de las lluvias, aquí alrededor de Vaisali cada uno, según el sitio donde puedan estar sus amigos y prójimos. Yo comenzaré la estación de las lluvias aquí en Vaisali.»

2. Y al comenzar la estación, una grave enfermedad se afianzó en el Bienaventurado, haciéndole sufrir grandes dolores, rayanos en la muerte; pero el Bienaventurado, lleno de resolución y dueño de sí, los soportó sin quejarse.

3. Y este pensamiento se le presentó entonces al Bienaventurado: «No sería conveniente para mí que saliese de la vida sin haber hablado á los discípulos, sin haber pedido permiso á la orden. Hagamos, pues, un poderoso esfuerzo de voluntad para vencer aún á esta enfermedad y sujetarme á la vida hasta que llegue el tiempo prefijado.»

4. Y el Bienaventurado, con un enérgico es-

(1) Fuente: *Mahaparinibhava Suttanta*, II, 12, 24.

fuerzó de su voluntad, venció la enfermedad, sujetándose á la vida hasta que llegase el tiempo fijado por el destino. Y la enfermedad disminuyó.

5. El Bienaventurado comenzó á mejorar, y cuando estuvo completamente libre de la enfermedad, salió del Monasterio y se sentó al aire libre. Y entonces el venerable Ananda, acompañado de otros muchos discípulos, se aproximó al Bienaventurado, y sentándose junto á él, dijo: «He visto, Señor, que el Bendito está bien, y también cuánto ha sufrido el Bienaventurado; y aunque á la vista de la enfermedad del Bienaventurado mi cuerpo se debilitó como una planta trepadora, que el horizonte se me oscureció y que mis facultades se me anublaron, sin embargo, ahora tomo valor pensando que el Bienaventurado no quería salir de la existencia sin haber dejado, al menos, instrucciones respecto de la orden.»

6. Entonces el Bienaventurado habló á Ananda para toda la orden y dijo:

7. «¿Qué es, Ananda, lo que la orden espera de mí? Yo he predicado la verdad sin haber distinción alguna entre la doctrina exotérica y la exótica; pues por lo que toca á la verdad, Ananda, el Tathagata no tiene nada que se asemeje al puño cerrado de un maestro que oculta alguna cosa.

8. Ciertamente Ananda, si hubiera alguno que alimentase este pensamiento: «Yo soy el que guiará la orden» ó «la orden descansa sobre mí», debería dar las instrucciones para todo lo que á la orden concierne. Pero el Tathagata, Ananda, no piensa que es él quien debe guiar á la congregación ó que la orden descansa sobre él.

9. ¿Por qué había de dejar el Tathagata, pues, instrucciones sobre algún asunto de la orden?

10. Yo soy viejo ya, ¡oh Ananda!, estoy cargado de años; mi viaje toca á su fin; he alcanzado la totalidad de mis días; voy á tener ochenta años.

11. Así como un carro viejo no anda sino con dificultad, así el cuerpo del Tathagata no se sostiene sino con muchísimos cuidados.

12. Únicamente, Ananda, cuando el Tathagata cesa de ocuparse de alguna cosa exterior, cuando se sumerge en esa ardiente meditación que no se refiere á ningún objeto material, es cuando el cuerpo del mismo se encuentra bien.

13. Por esto, ¡oh Ananda!, sed vuestras propias lámparas. Descansad sobre vosotros mismos, y no sobre ningún auxilio exterior.

14. Manteneos firmes en la verdad de vuestra lámpara. Buscad la libertad únicamente en la verdad, y no pidáis auxilio a nadie más que á vosotros mismos.

15. ¿Y cómo, Ananda, un hermano puede ser una lámpara para sí mismo si no reposa sobre sí y no sobre una existencia exterior, manteniendo firme la verdad como su lámpara y buscando la salvación en la verdad, solo, sin pedir más auxilio que á sí mismo?

16. Por eso, Ananda, puesto que el hermano habita en un cuerpo, considere ese cuerpo de tal modo, que estando enérgico, atento y resuelto, pueda en tanto que viva en el mundo vencer los dolores que resultan de los deseos del cuerpo.

17. Que mientras esté sometido á las sensaciones, las considere de tal manera que, enérgico,

atento y resuelto, pueda en este mundo vencer el dolor que resulta de las sensaciones.

18. Y así también, que cuando piense, razone ó sienta, considere sus pensamientos de tal modo, que pueda, enérgico, atento y resuelto, vencer en este mundo el dolor que resulta del deseo ó de las ideas, del razonamiento ó del sentimiento.

19. Y aquellos que ahora ó después de mi muerte sean una lámpara para sobre sí mismos, contando sobre sí mismos, no descansando sobre ningún auxilio exterior, sino sujetos á la verdad por la lámpara, y buscando su salvación en la verdad sola, sin pedir auxilio á nadie más que á sí propios, esos serán, Ananda, entre mis bhikshús, los que alcanzarán la verdadera elevación sublime. Pero deben sentir avidez de aprenderla.»

XCIV.—EL BUDDHA ANUNCIA SU MUERTE

1. El Tathagata dijo á Ananda: «Tres veces, Ananda, Mara, el malo, se ha aproximado al santo Buddha para tentarle.

2. Cuando el Bodhisatva abandonó el palacio, Mara estaba á la puerta, y le detuvo diciéndole: «No partas, ¡oh, mi Señor!, de aquí á siete días; la rueda del imperio estará arriba, y te hará soberano de los cuatro continentes y de dos mil islas! ¡Quédate, Señor!»

3. Y el Bodhisatva respondió: «Sé perfectamente que subirá la rueda del imperio para mí; pero no es la soberanía real la que ambiciono. Yo quiero ser un Buddha, y hacer estallar de gozo al mundo entero.»

4. La segunda vez, Ananda, el perverso se aproximó al Tathagata cuando, después de haber practicado duras mortificaciones, bañó su cuerpo y se alejó del río Nairandjana. Mara le dijo: «Estás extenuado por el ayuno, y la muerte se aproxima. ¿Á qué viene ese esfuerzo? Dígnate vivir, y podrás hacer buenas obras.» (1)

5. Entonces el Bienaventurado respondió: «¡Oh tú, amigo del indolente, maldito! ¿Con qué desig-nio vienes?»

6. Perezca la carne, si el espíritu se hace más calmo y la atención más firme.

7. ¿Qué es la vida en este mundo? Valdría más para mí morir en la batalla, que vivir en la derrota (2).

8. Y Mara se alejó del Tathagata diciendo: «Siete años he seguido paso á paso al Bienaventurado, pero no le he cogido en falta.» (3).

9. La tercera vez, Ananda, el tentador se aproximó al Bienaventurado cuando descansaba bajo el árbol Nyagrodha, á la orilla del Nairandjana, inmediatamente después de haber alcanzado la gran iluminación. Entonces, Mara, el perverso, fué donde estaba el Bienaventurado, y, de pie, cerca de él, le dijo estas palabras: «¡Sal ahora de la existencia, Señor! ¡Muera ahora el Bienaventurado! ¡Este es el momento en que debe morir el Bienaventurado!»

10. Y cuando Mara hubo hablado así, el Bienaventurado dijo: «Yo no moriré, ¡oh maldito!, sin

(1) Fuente: *B. B. Stories* 84. Compárese *LUC. IV, 58; MAT. IV 1, 7; MAR. I, 13.*

(2) Fuente: *Sutta Nipata* 425-439. Compárese *LUC. IV, 1-4.*

(3) Fuente: *Idem* 445. Compárese *JUAN III, 46.*

que no sólo los hermanos y las hermanas de la orden, sino también los discípulos laicos de los dos sexos, hayan llegado á ser verdaderos oyentes, sabios é instruídos, preparados, versados en las Escrituras, cumplidores de los mayores como de los menores deberes de su vida, conduciéndose según los preceptos; no moriré antes de que ellos hayan aprendido la doctrina, de que sean capaces de instruir á los demás sobre la misma, de predicarla, de darla á conocer, de establecerla, de mostrarla, explicarla en sus menores detalles, para hacerla clarísima; no moriré antes de que sean capaces de vencer y refutar las vanas doctrinas que inventarán otros, y de que extiendan la verdad, que opera milagros. No moriré antes que la pura religión de la verdad haya triunfado, prosperado, difundido, popularizado en su mayor extensión; antes, en una palabra, que haya sido aclamado entre los hombres.»

11. Así es como Mara se me aproximó tres veces en otros tiempos. Y ahora, Ananda, Mara, el perverso, ha venido hoy donde yo estaba, y de pie me ha dirigido estas palabras: «¡Sal de la existencia, Señor!» Y cuando hubo hablado, le dije: «Satisfácete, el Tathagata no tardará en extinguir sus días.»

12. Y el venerable Ananda habló al Bienaventurado, y dijo: «¡Dígnese el Señor permanecer entre nosotros, para el bien y la dicha de las gentes, por piedad para el mundo, por el bien y el provecho de la Humanidad!»

13. Y el Bienaventurado dijo: «Basta ya, Ananda, ¡no implores al Tathagata!»

14. Y otra vez el venerable Ananda imploró al Bienaventurado con las mismas palabras, y recibió del Bienaventurado la misma respuesta.

15. Y una tercera vez el venerable Ananda conjuró al Bienaventurado á prolongar su existencia, y el Bienaventurado le dijo: «¿Tienes fe, Ananda?»

16. Y Ananda respondió: «Sí, mi Señor.»

17. Y entonces el Bienaventurado, viendo los temblorosos párpados de Ananda, leyó en el corazón de su discípulo su profundo dolor, y le preguntó de nuevo: «¿Tienes fe, en verdad, Ananda?»

18. Y Ananda dijo: «¡Tengo fe, mi Señor!»

19. Y entonces el Bienaventurado prosiguió: «Si tienes fe, Ananda, en la sabiduría del Tathagata, ¿por qué le importunas hasta tres veces? ¿No te he declarado otras veces que está en la naturaleza de todas las cosas, por próximas y queridas que nos sean, el que nos separemos y apartemos de ellas? ¿Cómo, pues, Ananda, podré permanecer, puesto que todo organismo que nace ó ha nacido contiene en sí la necesidad de la disolución? ¿Cómo habría de ser posible que este cuerpo, que es el mío, no se descompusiese? ¡Una situación semejante no puede existir! Y esta existencia mortal, Ananda, ha sido abandonada, rechazada, renegada, apartada y dejada por todos los Tathagatas.»

20. Y luego dijo el Bienaventurado á Ananda: «Ve ahora, Ananda, y reúne en la sala de las oraciones á los hermanos que residen en los alrededores de Vaisali.»

21. Y el Bienaventurado acudió á la sala, se

sentó sobre el cojín que estaba preparado para él, y una vez sentado dijo á los hermanos:

22. «¡Oh hermanos!, vosotros á quien la verdad ha sido revelada, estando profundamente penetrados de ella, medítadla, extendedla por todas partes, para que la religión pura pueda durar muchísimo y perpetuarse; á fin de que viva para el bien y la dicha de las gentes, por compasión para el mundo y para el bien y el provecho de todos los seres! (1).

23. La inspección de los astros, la astrología, la adivinación de los sucesos prósperos ó desgraciados, por medio de signos, y la predicción del bien y del mal, todo eso os está prohibido.

24. El que deje ir su corazón á la aventura sin freno alguno, no alcanzará el Nirvana. Por eso debemos cuidar de nuestro corazón, huir de las excitaciones mundanas y buscar la calma del espíritu.

25. Comer para satisfacer vuestro hambre y beber para calmar vuestra sed. Satisfaced las necesidades de vuestra vida, como la abeja que liba las flores sin destruirlas ni quitarles su perfume.

26. Es preciso comprender y aprender las Cuatro Nobles Verdades, ¡oh hermanos!, que hemos estado perdidos muchísimo tiempo y hemos errado en el camino penoso de la transmigración, así vosotros como yo, hasta que hemos hallado la verdad.

27. Practicad las profundas meditaciones que os he enseñado. Persistid en la gran lucha contra el pecado. Seguid firmes por las sendas de la santidad. Sed fuertes en potencia moral. Que vues-

(1) Fuente: *Mahaparanibhava-Suttanta*, III, 43-63.

tros sentidos espirituales estén despejados. Y si las siete suertes de la sabiduría iluminan vuestro espíritu, encontraréis la excelente vía del óctuple sendero que conduce al Nirvana.

28. Sabed, ¡oh hermanos!, que antes de no mucho ocurrirá la extinción final del Tathagata. Ahora, yo os exhorto diciéndoos: «Todas las cosas compuestas deben envejecer y morir. Buscad lo que es perdurable y trabajad con ardor por vuestra salvación.»

XCV.—CHUNDA, EL HERRERO (1)

1. El Bienaventurado se dirigió á Pava.

2. Y cuando Chunda, el herrero, supo que el Bienaventurado había llegado á Pava y que estaba en el bosque de mangos, fué hacia el Buddha y le invitó respetuosamente, así como á los hermanos, á que fuesen á comer á su casa. Y Chunda preparó pasteles de arroz y una cantidad de carne de cerdo seca.

3. Y cuando el Bienaventurado hubo comido los alimentos preparados por Chunda, se encontró gravemente enfermo, y sintió un terrible dolor que le puso á las puertas de la muerte. Pero el Bienaventurado reflexionó y, dueño de sí, lo soportó sin quejarse.

4. Y luego el Bienaventurado dijo al venerable Ananda: «Vamos, Ananda, vamos á Kusinagara.»

5. Y durante el camino, sintiéndose el Bienaventurado cada vez con más fatiga, se desvió del

(1) Fuente: *Mahaparanibhava-Suttanta*, IV, 14-57.

camino para descansar al pie de un árbol, y dijo: «Echa tu ropa, Ananda, sobre mí; yo te lo ruego. Estoy cansadísimo y quiero reposar un momento.»

6. «Así sea, Señor», dijo el venerable Ananda; y en cuatro dobleces extendió su ropa (1).

7. Y cuando el Bienaventurado se sentó, habló al venerable Ananda, y le dijo: «Búscame un poco de agua, Ananda; te lo ruego. Tengo sed, Ananda, quisiera beber.»

8. Y en seguida el venerable Ananda contestó al Bienaventurado: «Ahora mismo, Señor; cinco mil carros acaban de pasar y han removido el agua; pero hay un riahuelo aquí cerca. Su agua es clara y agradable, fresca y transparente, y es fácil ir hasta el sitio. Allí el Bienaventurado podrá beber y refrescar al mismo tiempo sus miembros.»

9. Por segunda vez el Bienaventurado habló á Ananda y le dijo: «Búscame un poco de agua, Ananda; te lo ruego. Tengo sed, Ananda; quisiera beber.»

10. Y por segunda vez el venerable Ananda dijo: «Vamos hacia el arroyo.»

11. Y por tercera vez el Bienaventurado habló al venerable Ananda y le dijo: «Búscame un poco de agua, Ananda; te lo ruego. Tengo sed, Ananda; querría beber.»

12. «¡Hágase tu voluntad, Señor!», respondió el venerable Ananda al Bienaventurado; y cogiendo un cuenco, fué hacia el río. Y vió que el agua que habían enturbiado las ruedas corría clara,

(1) Fuente: *Mahaparanibhana-Suttanta*, IV, 25. Compárese JUAN, XIX, 28.

brillante, límpida, y pensó: «¡Cuán grandes, maravillosos y sorprendentes son los poderes del Tathagata!»

13. Y Ananda llevó el agua al Señor, diciéndole: «¡Tome el Bienaventurado el cuenco y beba esta agua. El Maestro de los hombres y de los dioses extinga su sed!»

14. Y el Bienaventurado bebió del agua.

15. Y en aquel momento, un hombre de ínfima casta llamado Pukkasha, joven Malla, discípulo de Arata Kalama, pasó por la carretera que va de Kusinagara á Pava.

16. Y Pukkasha vió al Bendito sentado al pie del árbol, y así que le vió se acercó á él, y saludándole respetuosamente se sentó á su lado, y entonces el Bienaventurado le instruyó, edificó y regocijó con un discurso religioso.

17. Y despertado y regocijado por las palabras del Bienaventurado, Pukkasha, el joven Malla, interpeló á uno que encontró al pasar y le dijo: «Traedme, os lo ruego, buen hombre, dos ropas de estofa de oro, brillantes y bien dispuestas.»

18. «Así se hará, señor», dijo el hombre á Pukkasha; y trajo dos trajes de estofa de oro, brillantes y dispuestos para el uso.

19. Y Pukkasha ofreció los trajes al Bienaventurado, diciéndole: «Señor, estos dos trajes de estofa de oro están dispuestos para usarse. Que el Bienaventurado me haga el honor de aceptarlos de mis manos.»

20. Y el Bienaventurado dijo: «Pukkasha, revísteme con uno y dá el otro á Ananda.»

21. Y luego el cuerpo del Tathagata pareció

brillante como una llama y bellissimo sobre toda ponderación.»

22. Y el venerable Ananda dijo entonces al Bienaventurado: «¡Qué milagro es este, Señor, y qué maravilla que el color de la piel del Bienaventurado sea tan claro y tan resplandeciente! ¡Cuando puse esta ropa de oro bruñido sobre el cuerpo del Bienaventurado parece que perdiera su brillo! (1).

23. Y el Bienaventurado dijo: «Hay dos circunstancias en las que la persona de un Tathagata se torna clara y resplandeciente. Una es la noche, Ananda, que un Tathagata llega á la visión interna, suprema y perfecta; y otra, la noche en que desaparece definitivamente en este último paso que no deja nada de su existencia terrestre.»

24. Y siguió diciendo así el Bienaventurado: «Ahora podrá ocurrir, Ananda, que alguien despierte remordimientos en el ánimo de Chunda, el herrero, diciéndole: «Es una desgracia para tí y una pérdida que el Tathagata haya muerto después de la comida que le has ofrecido.» Es menester combatir, Ananda, semejantes remordimientos; ves á casa de él y le dices: «Ha sido bueno para tí, Chunda, y ventajoso que el Tathagata haya muerto después de haber comido últimamente en tu casa lo que tú le habías preparado. Porque yo he oído, ¡oh Chunda!, estas mismas palabras que he recogido de sus propios labios: «Hay dos ofrendas de alimentos que son más fructuosas que las demás. Las ofrendas de nutrición que un

(1) Fuentes. *Mahaparinibhāna-Suttanta*, IV, 47-51. Compárese JUAN XIX, 28; MAT. XVII, 2 y MAR. IX, 1.

Tathagata recibe cuando ha llegado á la luz perfecta y cuando hace su última desaparición, tras la cual no deja nada de sí de su existencia terrestre. Ambas ofrendas son tan fructuosas y provechosas, que tienen más fruto y provecho que cualquiera otras. Por ellas, Chunda, el herrero, ha echado los cimientos de un karma productor con abundancia de una larga vida, de un buen nacimiento, de una buena fortuna, de un buen renombre, de la superabundante posición del cielo y de un gran poder.» Así es, Ananda, como debes combatir los remordimientos en el herrero Chunda.

25. Luego, conociendo el Bienaventurado la proximidad de la muerte, pronunció estas palabras: «El que dá todo lo que tiene, tendrá una verdadera ganancia. El que se domine se librará de las pasiones. El justo rechaza lejos de sí los pecados, y desarraigando de nosotros la lujuria, la amargura y la ilusión ganaremos el Nirvana.»

XCVI.—MAITREYA (1)

1. El Bienaventurado, seguido de una multitud de hermanos, se dirigió hacia el bosque de salas (2) de los Mallas de Upavartana de Kusinagara, situado en la orilla opuesta del río Hiranyavati, y cuando llegó habló así al venerable Ananda: «Ruégote, Ananda, me prepares un lecho con la cabecera hacia el Norte entre dos salas gemelas. Estoy fatigado y deseo acostarme.»

2. «Hágase tu deseo, Señor», respondió el ve-

(1) Fuente: *Mahaparinibhāna-Suttanta*, I, 14. — Compárese JUAN XIV, 26.

(2) *Shorea robusta*, árbol de la India.

nerable Ananda, y extendió una cama con la cabecera hacia el Norte entre dos salas gemelas. Y el Bienaventurado se acostó, permaneciendo reflexivo y dueño de sí.

3. Y en aquel momento los dos árboles se cubrieron de flores y de frutos, aunque no era la estación para ello, y cánticos celestes descendieron y se oyeron entonados en honor del sucesor de los Buddhas anteriores. Ananda se maravilló de los honores tributados al Bienaventurado, y el Bienaventurado le dijo: «No es por acontecimientos semejantes como el Tathagata es convenientemente honrado, adorado y venerado. El hermano ó la hermana, el hombre pío ó la mujer piadosa que perpetuamente cumplen los mayores y los menores deberes siguiendo sus preceptos, son los que le honran como conviene que se adore y venere al Tathagata, rindiéndole el homenaje más precioso. Por esto, Ananda, perseverad en cumplir los mayores como los menores deberes y marchad, según mis preceptos. Es así, Ananda, como honraréis al Maestro.»

4. Entonces el venerable Ananda entró en el monasterio, y apoyándose en el quicio de la puerta lloró, pensando: «¡Ay! ¡No soy más que un estudiante, un hombre que debe trabajar aún por su propia perfección, y el Maestro está á punto de abandonarme, él que es tan bueno!»

5. Y en ese momento el Bienaventurado llamó á los hermanos y les dijo: «Hermanos, ¿dónde está Ananda?»

6. Y uno de los hermanos fué á llamar á Ananda, y Ananda fué hacia el Bienaventurado y le

dijo: «Una profunda oscuridad reinaba á causa de la falta de sabiduría; el mundo de los seres sensibles caminaba á tientas por la falta de luces; entonces el Tathagata encendió la lámpara de la sabiduría, y ahora va de nuevo á extinguirse antes de que la haya hecho ver.»

7. Y el Bienaventurado dijo al venerable Ananda en el momento de sentarse junto á él:

8. «Basta, Ananda, no te disgustes así; no llores más. ¿No te he dicho ya repetidas veces que por la misma naturaleza de las cosas, así de las más próximas como de las más queridas, tenemos que separarnos y alejarnos?»

9. El loco concibe la idea del «yo», el sabio ve que no hay sitio donde poder edificarla; tiene una justa concepción del mundo y concluye que todos los compuestos reunidos por el dolor deben disolverse, pero que la verdad permanecerá.

10. ¿Por qué he de conservar este cuerpo de carne cuando el cuerpo de la ley excelente debe vivir eternamente? ¡Mi resolución está tomada, cumplido mi designio y realizada mi tarea, busco el reposo! Es la única cosa necesaria.

11. Durante mucho tiempo, Ananda, has estado muy cerca de mí por pensamientos y por actos de un amor tal, que jamás ha variado ni ha tenido medida. ¡Has hecho bien, Ananda! Sé celoso en tus esfuerzos y bien pronto tú también te libtarás de los grandes males, de la sensualidad, del egoísmo, del error y de la ignorancia.»

12. Y entonces Ananda, conteniendo sus lágrimas, dijo al Bienaventurado: «¿Quién será nuestro Maestro cuando partas?»

13. Y el Bienaventurado replicó: «Yo no soy el primer Buddha que ha venido á la tierra, ni seré el último. Yo he venido á enseñaros la verdad y he fundado sobre la tierra el reino de la verdad. Gotama Siddhartha morirá, pero el Buddha vivirá, porque el Buddha es la verdad, y la verdad no puede morir. Aquel que cree en la verdad y vive en ella, es mi discípulo, y yo le instruiré. La verdad se extenderá y su reino se esparcerá cerca de cinco mil años. Entonces por un momento las nubes del error oscurecerán la luz, y cuando llegue el tiempo, otro Buddha se levantará y os revelará la misma verdad eterna que yo os he revelado.»

14. Y Ananda dijo: «¿Cómo le conoceremos?»

15. Y el Bienaventurado dijo: «El Buddha que vendrá detrás de mí se llamará Maitreya, lo que significa: aquel cuyo nombre es bondad.»

XCVII.—ENTRADA EN EL NIRVANA (1)

1. Por entonces los Mallas, con sus mozos, sus mozas y sus mujeres, apenados, afligidos y tristes, fueron á Upavartana, al bosque, á ver al Bienaventurado, á fin de recibir la parte de felicidad que cae sobre los que están en presencia del Santo.

2. Y el Bienaventurado les dijo:

3. «Sed virtuosos en buscar la verdad y esforzáos con ardor en ello. No es bastante con haberme visto. Id, yo os lo mando, libertáos del cuchillo inexorable del dolor. Seguid por el camino con firme resolución.»

(1) Fuente: *Mahaparanibhāna-Suttanta*, V, 59-69; VI; *Fo-sho-hing-tsan-ling*, 2303-2310.

4. Un enfermo puede curar por la fuerza curativa del remedio y desembarazarse de los males, sin ver al médico.

5. El que no hace lo que le mando, me ve inútilmente. Eso no le reporta ningún provecho. Mientras que quien mora lejos de mí, pero va rectamente, está más cerca de mí.

6. Un hombre puede vivir cerca de mí, y, sin embargo, si no me obedece está muy lejos. Al contrario, el que obedece al Dharma gozará siempre de la felicidad de la presencia del Tathagata.»

7. Entonces el mendicante Subhadra fué al bosque de salas de los Mallas y dijo al venerable Ananda: «He oído decir á los mendicantes de mi clase, cargados de años y llenos de gran experiencia: Algunas veces, y muy raramente los Tathagatas, aparecen en el mundo los santos Buddhas. Ahora se dice que hoy en la última velada de la noche el sramana Gotama debe salir por siempre de la vida. Mi espíritu está lleno de dudas; sin embargo, tengo fe en el sramana Gotama y creo que será capaz de exponerme la verdad, de suerte que pueda desembarazarme de mis dudas. ¡Si se me consintiera ver al sramana Gotama!»

8. Y así que hubo hablado, el venerable Ananda dijo al mendicante Subhadra: «¡Basta!, amigo Subhadra. No importunéis al Tathagata. El Bienaventurado está fatigadísimo.»

9. Pero el Bienaventurado, habiendo oído la conversación entre el venerable Ananda y el mendicante Subhadra, llamó á Ananda y le dijo: «No impidas, Ananda, que Subhadra entre. Se le puede permitir que vea al Tathagata. Que me pregun-

te; sus preguntas estarán dictadas por el deseo de aprender y no con el propósito de molestarme; si le respondo á sus preguntas, él comprenderá en seguida.»

10. Entonces el venerable Ananda dijo á Subhadra, el mendicante: «Entra, amigo Subhadra, porque el Bienaventurado te lo permite.»

11. Y cuando el Bienaventurado hubo instruído á Subhadra, le despertó y regocijó con las palabras de la sabiduría y de la animación, Subhadra dijo al Bienaventurado:

12. «¡Glorioso Señor! ¡Gloriosísimo Señor! Excelentes, excelentísimas son las palabras de tu boca. Ellas ponen en su sitio lo que está trastocado, revelan lo que está oculto, muestran el camino recto al viajero extraviado, ponen una lámpara en la tiniebla, de tal suerte, que los que tienen ojos pueden ver. Así, Señor, el Bienaventurado me ha hecho conocer la verdad, y me refugio en el Bienaventurado, en la Verdad y la orden. Que el Bienaventurado se digne aceptarme por discípulo y verdadero creyente, á partir de este día, durante toda mi vida.»

13. Y el mendicante Subhadra dijo al venerable Ananda: «Grande es tu provecho, amigo Ananda, y grande es tu buena fortuna en haber durante tantos años recibido las aspersiones de la ciencia de esta congregación dirigida por el Maestro mismo.»

14. Entonces el Bienaventurado habló al venerable Ananda, y le dijo: «Puede, Ananda, que alguno de vosotros haya pensado: la palabra del Maestro acaba, no tendremos ya Maestro. Pero no

es así, Ananda, como hay que razonar. Es verdad que no volveré á tomar cuerpo, porque todo dolor ha sido destruído para siempre por mí; pero si Gotama Siddharta muere, el Buddha queda. Que la verdad y las reglas de la orden instituídas y establecidas por mí para vosotros, sean vuestro maestro cuando yo parta. Cuando yo haya muerto, Ananda, que la orden, si el juicio lo propone, derogue todos los preceptos de poca importancia.»

15. Luego, dirigiéndose á los hermanos, dijo el Bienaventurado: «Puede haber alguna duda ó alguna ininteligencia en el espíritu de un hermano en lo que concierne al Buddha, ó á la verdad, ó al camino. Procurad, pues, no arrepentíos más tarde con esta idea: No hemos interrogado al Bienaventurado cuando estuvimos frente á él. Así, pues, ahora, ¡oh hermanos!, interrogadme libremente.»

16. Y los hermanos permanecieron silenciosos.

17. Y entonces el venerable Ananda, dirigiéndose al Bienaventurado, dijo: «En verdad, yo creo que en toda esta reunión de hermanos no hay ninguno que dude ó que tema algún error, en lo que concierne al Buddha, á la verdad ó al camino.»

18. Y el Bienaventurado dijo: «La fe que reboza en tí es la que ha hablado Ananda. Pues el Tathagata sabe ciertamente que en toda esta asamblea no hay ni un hermano que tenga una duda ó que abrigue algún error acerca del Buddha, de la verdad ó del camino. Porque hasta el último de todos esos hermanos, Ananda, ha sido convertido y asegurado en la liberación final.»

19. Luego el Bienaventurado habló á los hermanos, y les dijo: «Si conocéis ahora al Dharma,

la causa de todos los sufrimientos y el camino de la salvación, ¡oh discípulos!, direis, pues: «Respetamos al Maestro, y es por respeto á él por lo que hablamos así.»

20. Y los hermanos respondieron: «No lo diremos, Señor.»

21. Y el santo prosiguió:

22. «Entre los seres que viven en la ignorancia, encerrados y confinados como en un huevo, el primero que ha roto la cáscara del huevo de la ignorancia, y el único que ha conquistado el puesto más elevado, el universal estado de Buddha, soy yo. Así, discípulos, soy el mayor, el más excelente de los seres.

23. Pero lo que vosotros decís, ¡oh discípulos!, ¿no es eso mismo que vosotros habéis conocido, visto y realizado por vosotros?»

24. Y Ananda y los hermanos dijeron: «Eso es, Señor.» (1)

25. De nuevo el Bienaventurado comenzó á hablar: «Prestadme ahora atención, hermanos, dijo; yo os exhorto: La destrucción es inherente á todas las compuestas, pero la verdad durará eternamente. ¡Trabajad con ardor por vuestra liberación!» y esta fué la última palabra del Tathagata; y entonces cayó en una meditación profunda, y habiendo perdido la conciencia murió suavemente.

26. Luego que el Tathagata entró en el Nirvana en el instante en que abandonó la existencia, hubo un gran temblor de tierra, espantable y temible y los relámpagos brillaron en el cielo. Algu-

(1) Fuente: *Buddha. sein Leben*, etc., 349. Compárese I AD Cor, XV, 20.

nos hermanos que no se habían libertado aún de las pasiones, se retorcieron los brazos, y lloraron; otros cayeron en tierra, angustiados por este pensamiento: «¡El Bendito ha muerto demasiado pronto! ¡El Bienaventurado ha dejado demasiado pronto la existencia! ¡La luz del mundo se ha extinguido muy pronto!»

27. Entonces el venerable Anuruddha exhortó á los hermanos, diciendo: «Basta, hermanos míos, no lloréis más. No os lamentéis. ¿No os ha dicho el Bienaventurado que está en la naturaleza de las cosas, así en las próximas como en las más queridas, el que nos alejemos y separemos de ellas, porque todo lo nacido, todo lo que recibe existencia y está organizado, contiene en sí la inherente necesidad de la disolución? ¿Cómo habría de escapar á esa ley el cuerpo del Tathagata? Una condición semejante no podría existir. Los que están libres de las pasiones soportarán esta pérdida calmos y dueños de sí, pensando en la verdad que nos ha enseñado.

28. Y el venerable Anuruddha y el venerable Ananda emplearon el resto de la noche en discursos religiosos.

29. Luego el venerable Anuruddha dijo al venerable Ananda: «Vé ahora, hermano Ananda, y advierte á los Mallas de Kunisagara, diciéndoles: «El Bienaventurado ha muerto; haced lo que os parezca conveniente.»

30. Y cuando los Mallas oyeron estas palabras se disgustaron, entristecieron y afligieron en sus corazones.

31. Luego, los Mallas de Kusinagara dijeron á

sus servidores: «Reunid todos los perfumes, las guirnaldas y todos los instrumentos de Kusinagara.» Y después tomaron los perfumes, las guirnaldas y los instrumentos y quinientos aderezos, y acudieron al bosque de salas donde estaba el cuerpo del Bienaventurado. Y consagraron el día á honrar y respetar los restos del Bienaventurado con danzas, músicas, guirnaldas, himnos y perfumes, é hicieron doseles con sus ricos vestidos y colgaron cintas decorativas. Y luego quemaron los restos del Bienaventurado como hubieran hecho con un rey de reyes.

32. Y cuando la pira fúnebre fué encendida, el sol y la luna palidecieron, todos los ríos se salieron de madre, la tierra tembló y flores y hojas cayeron al suelo, fuera de la estación, así como una lluvia, de tal suerte, que todo Kusinagara quedó tapizada de flores de mandara hasta un pie de altura.

33. Y cuando la ceremonia de la incineración hubo acabado, Devaputra dijo á la multitud congregada alrededor de la pira:

34. «Ved, hermanos: los restos terrestres del Bendito se han disuelto; pero la verdad que nos ha enseñado vive en nuestros corazones y nos purifica de todo pecado.

35. Vamos, pues, por el mundo tan compasivos y misericordiosos como nuestro gran Maestro y prediquemos á todos los seres las Cuatro Nobles Verdades y el camino de justicia del Octuple Sendero, á fin de que toda la Humanidad pueda llegar á la liberación final y refugiarse en el Buddha, el Dharma y el Sangha.»

36. Y cuando el Bienaventurado entró en el Nirvana y los Mallas incineraron su cuerpo con las ceremonias propias para indicar que era el rey de los reyes, vinieron embajadores de todos los imperios que habían por entonces abrazado la doctrina para reclamar una parte de las reliquias. Esas reliquias se dividieron en ocho partes, y ocho dagobas se construyeron para su conservación. Una dagoba fué edificada por los Mallas, y las otras siete por los siete reyes de las regiones donde el pueblo se había refugiado en el Buddha.

